

ESTRUCTURAS DE REPETICIÓN EN EL LENGUAJE Y EN LA HISTORIA

REINHART KOSELLECK (†)

Universidad de Bielefeld

RESUMEN

Reinhart Koselleck insiste en este texto en la tensión ineludible entre innovación y repetibilidad como una constante de la experiencia humana que hace posible el cambio histórico. El cambio, sostiene, sólo es posible gracias a la variable combinación de esos dos principios. Las estructuras de repetición, asegura Koselleck, están presentes a todos los niveles: desde las condiciones naturales, astronómicas, geológicas y biológicas que hacen posible la vida humana, hasta las instituciones y organizaciones sociales, jurídicas y políticas que los hombres han puesto en pie. También si se examinan con cuidado las secuencias de acontecimientos particulares no tardan en aparecer estructuras de repetición o cursos de acción que guardan entre sí cierta semejanza. Incluso los acontecimientos más singulares se inscriben a menudo sobre ciertas tramas basadas en la redundancia y en el retorno más o menos periódico de ciertas estructuras. Una constatación que haría posible hasta cierto punto aventurar estimaciones para el futuro (entre tales formas de anticipar el porvenir están, por ejemplo, la profecía, el pronóstico y la planificación). Por último, el autor aborda las estructuras recurrentes que más específicamente afectan al lenguaje. El examen de algunas polarizaciones clásicas —entre sincronía y diacronía, por un lado; entre sintaxis, pragmática y semántica, por otro—, permiten al autor reflexionar sobre diversas modalidades de tensión entre historia factual e historia lingüística, cambio político y cambio lingüístico, así como sus desfases temporales. Y concluye subrayando que muchas veces, detrás de lo que aparece como una gran innovación ideológica, lingüística o semántica, si se analizan las cosas con cuidado se encuentran tanto elementos singulares como estructuras de repetición. Habría siempre, por tanto, una cierta proporción entre lo irrepetible y lo reiterado.

Palabras clave: historia conceptual, antropología histórica, estructuras de repetición, lenguaje, historia.

ABSTRACT

Reinhart Koselleck argues that the inevitable tension between innovation and repeatability is a constant in human experience that makes historical change possible. Change can only come about when these two principles exist, in different measures and combinations. He suggests that the structures of repetition are present at all levels: they can be found not just in the natural, astronomical, geological and biological conditions that allow human life to flourish, but also in social, legal and political organisations and institutions humans themselves have established. If we carefully examine sequences of particular events, we soon spot structures of repetition and courses of action with marked resemblances. Even the most singular events often slot into certain frames based on the more or less periodic redundancy and return of certain structures. This view makes it possible to venture some ideas about the future, including, for example, prophecy, prognosis and planning. Finally, the author deals with the recurrent structures that most specifically affect language. He examines some classic cases of polarisation: between synchrony and diachrony, and between syntax, pragmatics and semantics. This leads him to reflect on different modalities of tension between factual and linguistic history, between political and linguistic change, and their respective time lags. He concludes by emphasising that a close analysis of what lies behind what appears to be a great ideological, linguistic or semantic innovation often reveals both singular elements and structures of repetition. There will always be a certain proportionality between the unrepeatable and the reiterative.

Key words: conceptual history, historic anthropology, structures of repetition, language, history.

«¡No sé que tienen estas historias de amor, que siempre tratan de lo mismo, pero el modo en que empiezan y se acaban es tan infinitamente variado que no deja de ser interesante el observarlas!»

Quien no pueda leer esta cita en el idioma original y tenga que conformarse con el alemán estándar [o con esta traducción castellana T.] se perderá el deje vienés, pero al menos podrá adivinar quién es el autor: Johann Nepomuk Nestroy (1).

El comienzo y el final de todas las historias de amor —o el alfa y el omega de cada amor— se diferencian de maneras infinitas cada vez que las parejas se encuentran y se separan, o las separan. Se trata, sin embargo, de una y

(1) NESTROY: *Lektüre für Minuten, Gedanken aus deinen Bücher*, edición y prólogo de EGON FRIEDEL, Fráncfort del Meno, 2001, pág. 42.

la misma cosa, de ese amor que, inspirado por el instinto sexual, se repite constante y permanentemente en la multitud de todas las historias particulares. Este instinto podrá realizarse de diversos modos en función de la etnia, dirigirse y reconfigurarse de diversos modos en función de la cultura; en cualquier caso, con cada nuevo comienzo, la diferencia sexual y sus tensiones fuerzan a una repetición, sin la cual no existiría ni el género humano ni tampoco sus historias.

Con esto hemos llegado ya al centro de nuestra cuestión. Los seres humanos, en cuanto individuos, en cuanto personas que se encuentran amándose, son tan únicos como ellos creen serlo: creen que precisamente su amor se sustrae a la historia, es inconfundible, singular, único en su género, o comoquiera que se lo digan mutuamente. Detrás de esto hay un hallazgo antropológico que se ha ido modificando poco a poco en el curso de la historia europea. «Persona» —como el «prosopon» griego— remite a una tipología previamente dada, a una máscara en la que un ser humano tiene que introducirse para asumir un papel. Se podía pensar en un cambio de papel, pero no en un desarrollo del carácter o de la (moderna) personalidad (2). Con la individualización del concepto de persona, y después de ella, surgió, por primera vez, ese concepto ilustrado-romántico de matrimonio que no se refiere ya a la reproducción objetiva y al aseguramiento de una familia ligada a una casa, sino, primariamente, a que dos personas, a través su amor, se forman y vinculan a sí mismas de modo objetivo y autónomo. Otras culturas se sirven del sexo —que viene zoológicamente predeterminado— en sus ritos de maneras muy diferentes. Pero el cumplimiento de las determinaciones sexuales previas, así como la ejecución concreta del encuentro y el encontrarse, cada vez único, de al menos dos —o más seres humanos—, tal como se viene repitiendo desde hace millones de años, permanece igual a sí mismo en este plano de una descripción formal general. El «una y otra vez» se repite en cada caso particular, y sin embargo, el caso particular no queda absorbido en la repetibilidad que lo condiciona y lo desata, y que es inherente a la sexualidad. Los modos de comportamiento y la ejecución de las acciones tienen infinitas variedades, mientras que la sexualidad con la que hay que cumplir sigue siendo estructuralmente igual.

Esta reflexión, derivada de la observación de Nestroy, puede generalizarse. Las personas (a las que Nestroy no nombra) y sus sucesos, sus peripecias, sus conflictos y soluciones, las catástrofes o los arreglos a que llegan son y siguen siendo únicas e irrepitibles dentro de los raíles temporales de los

(2) Vid. MANFRED FUHRMANN: «Persona, ein römischer Rollenbegriff», en *Identität*, ed. por ODO MARQUARD y KARL HEINZ STIERLE: Múnich, 1979, págs. 83-106.

acontecimientos. La tesis que quiero desarrollar aquí es que, sin embargo, las personas están contenidas, o instaladas, en estructuras previas que se repiten, sin ser jamás idénticas a estas estructuras previas.

Permítanme que comience haciendo un experimento mental que nos ayudará a aclarar la curiosidad de Nestroy por esa historia de amor que siempre es el mismo y que, sin embargo, es nuevo de nuevo cada vez.

Si todo se repitiera siempre de la misma manera, no habría cambios ni tampoco sorpresas; ni en el amor, ni en la política, ni en la economía ni en ningún otro sitio. Se abriría el bostezo de un enorme aburrimiento.

Si, por el contrario, todo fuera nuevo e innovador, la humanidad caería de un día para otro en un agujero negro, quedaría desamparada y desprovista de toda orientación.

Pero la necesidad lógica de estas dos proposiciones nos enseña que ni la categoría de la duración, que se confirma por la repetición de lo igual, ni la categoría de los acontecimientos únicos que se van sucediendo diacrónicamente —da igual que se los lea de modo progresista o historicista— son apropiadas, por sí solas, para interpretar la historia humana. La naturaleza histórica del ser humano, o bien, formulado en términos científicos, la antropología histórica, se halla asentada entre estos dos polos de nuestro experimento mental de repetición permanente e innovación constante. La cuestión que se impone con ello es la de cómo es posible analizar y exponer por estratos las proporciones mezcladas de una y otra.

Nuestro modelo mental, que insta a combinar de maneras diferentes la repetición y la innovación, nos permite introducir retrasos y aceleraciones, según la frecuencia con que se dejen coordinar la repetición y la singularidad. Tendríamos una aceleración cuando, en la serie comparada, hubiera cada vez menos repeticiones y, en cambio, aparecieran cada vez más innovaciones que despidieran las antiguas estructuras previas. Los retrasos tendrían lugar cuando las repeticiones heredadas se fijaran o consolidaran de tal manera que todo cambio quedara frenado o incluso se convirtiera en imposible.

El experimento mental tiene como objetivo, pues, identificar teóricamente todos los acontecimientos particulares meramente pensables de las historias posibles, para clasificarlos temporalmente con ayuda de las categorías mencionadas —así como, también, encontrar los presupuestos de más larga duración, justamente, las estructuras de repetición sin las cuales no tendría lugar acontecimiento alguno. Todas las modificaciones fácticas, ya sean más rápidas, más lentas o de largo plazo (por precisar las categorías de Braudel) permanecen ligadas, pues, al juego variable en que se intercambian repetición y singularidad.

Podría, entonces, mostrarse también qué es lo efectivamente nuevo en nuestra llamada Edad Moderna (3), esto es, lo que no repite nada de lo que antes era el caso— o bien lo que ya existía antes y, no obstante, regresa ahora en una figura nueva. Finalmente, podríamos localizar aquellas estructuras permanentes que revelan y distinguen todas las historias humanas, independientemente de la época o del ámbito cultural en que vayamos a definir las. Formulado de una manera todavía más general: preguntamos por aquello que es propio de *todos* los seres humanos, por lo que es propio sólo de *algunos* seres humanos, o por lo que es propio sólo de un ser humano *individual*. Entonces, la diacronía se gradúa por estratos con solapamientos que, atravesando las épocas convencionales, dan lugar a múltiples clasificaciones. E igualmente, en función de las proporciones en que se combinan repetición y singularidad, pueden pluralizarse las épocas sin caer en la determinación por períodos, que dice más bien poco o nada, ya sean estos «antiguos», «medios» o «nuevos». Pues qué sea antiguo, medio o nuevo es algo que no puede derivarse de estas denominaciones. Pero, pensadas de antemano formalmente, estas proporciones de combinación de repetición y singularidad sí ofrecen determinaciones llenas de contenido que resultan apropiadas para despedirse de esas tres épocas tradicionales que articulan nuestros eurocéntricos manuales y tienen asidas nuestras cátedras. Se ganarían unas perspectivas etnológicas que abarcarían desde las épocas previas a la escritura hasta nuestras —así llamadas— culturas altamente desarrolladas; se requerirían unas comparaciones inter e intracontinentales que dieran testimonio tanto de las etnogénesis como de las emigraciones, las mezclas y fusiones de las respectivas culturas y unidades de acción —hasta llegar a los retos económicos, ecológicos y religiosos que abarcan a nuestro planeta entero, y a las grietas y dislocaciones que reclaman globalmente alternativas políticas de acción. En resumen, todas las historias especiales se verían instadas a aportar su contribución a nuestra historia universal, la de todos. La antropología histórica resulta apropiada, en todo caso, para abrir vías en esta dirección.

Antes de tratar las estructuras de repetición empíricamente acumuladas, es preciso insertar dos advertencias aclaratorias. Primero: una estructura de repetición tiene poco o nada que ver con las tradicionales doctrinas cíclicas. Un ciclo reduce las repeticiones, siempre posibles, a una figura de curso lineal e irreversible (y es así hasta Spengler y Toynbee), en sí misma programada de modo teleológico. Desde el punto de vista de la teoría del tiempo, apenas se distingue de un modelo lineal de progreso, salvo en que —de

(3) En alemán es más clara la propuesta, ya que Edad Moderna se dice «Neuzeit»: «tiempo nuevo» (N. del t.).

modo casi decadente— se recoge sobre sí mismo. Esto vale para las doctrinas cosmológicas del retorno, como en Platón, o en Leibniz con su «*anakyklosis panton*» —sin por ello cubrir completamente las doctrinas de éstos. Y vale también para la doctrina cíclica que Polibio derivó de Platón y Aristóteles, por la que —a modo de tipo ideal— veía, en el curso de la sucesión de tres veces tres generaciones, surgir y separarse todas las formas de gobierno hasta entonces pensables y posibles para el hombre.

A diferencia de esta doctrina del retorno, comparativamente simple y, por ello, fácil de comprender, las «estructuras de repetición» apuntan hacia condiciones de acontecimientos particulares y sus consecuencias; condiciones siempre posibles y actualizables de modo cambiante, pero que sólo retornan situacionalmente. Una teoría estocástica de la probabilidad podría servirse de tales posibilidades, cada vez más presentes, pero cuya realización efectiva depende de una serie desconocida de contingencias. Así, puede que haya que explicar una singularidad respectiva —o bien, justamente, convertirla en probable.

Una segunda observación advierte de hacer clasificaciones causales. Todo historiador puede buscarse motivos para todo acontecimiento, tantos como quiera, o como los que le prometan la aprobación pública. Nuestro modelo de pensamiento apunta a una aporía que se abre entre las condiciones repetitivas de los posibles acontecimientos y estos acontecimientos mismos, junto con las personas que en ellos actúan y padecen. Ningún acontecimiento puede derivarse suficientemente de unas condiciones sincrónicas o de unos presupuestos diacrónicos, independientemente de que estos se formulen por la vía económica, religiosa, mental, cultural o la que sea. Hay, pues, un sinnúmero de condiciones (sincrónicas) y de presupuestos (diacrónicos) que no se pueden determinar según una ley, los cuales motivan, desatan, incitan o limitan las acciones concretas de los actores cuando se contradicen, compiten o disputan. Ya la multitud de campos de acción abiertos a los participantes prohíbe inventar cadenas causales unilineales o determinantes (excepción hecha de las justificaciones heurísticas). Son las estructuras de repetición las que siempre contienen, a la vez, más o menos de lo que aparece en los sucesos.

Así, pues, las estructuras de repetición no testimonian de un simple retorno de lo mismo. Y si las estructuras de repetición condicionan el carácter singular de los acontecimientos, no lo fundamentan de modo suficiente.

En un segundo paso, quisiera lanzar una mirada global a estructuras de repetición graduadas de modo muy diverso y profundo. Éstas abarcan a) condiciones extrahumanas de nuestras experiencias; y por ello, b) aquellos presupuestos biológicos de nuestra vida que compartimos con los ani-

males; además abarcan estructuras de repetición peculiares del ser humano, esto es, instituciones (c); finalmente, echaremos un vistazo hacia estructuras de repetición tales que se hallen contenidas incluso en series de acontecimientos que transcurran con carácter único (d); y por último, nos dirigiremos hacia las estructuras lingüísticas de repetición (e), dentro de las cuales se generan y reconocen todas las repeticiones y repetibilidades que hemos mencionado anteriormente, o que todavía están por generar y descubrir.

a) Después de que hemos partido de las necesidades sexuales del ser humano, podemos ampliar ahora nuestra mirada hacia esas condiciones naturales previas que, siendo independientes de los hombres, hacen posible su vida. Habría que nombrar, en primer lugar, al cosmos, dentro del cual, el ciclo de la tierra, girando alrededor de sí misma y alrededor del sol, así como el ciclo de la luna girando alrededor de la tierra, articulan con su retorno regular nuestra vida cotidiana. La vuelta del día y de la noche, así como de las estaciones, definen, al norte y al sur del ecuador, según los hemisferios, nuestro ritmo de sueño y de vigilia, y también, a pesar de la técnica, determinan nuestra vida laboral. Variando en función del clima, la siembra, las cosechas y su rotación dependen de los ciclos regulares de nuestro planeta. Las mareas, los cambios climáticos, incluso las glaciaciones, que ya tuvieron lugar dentro de la historia humana, siguen estando encajadas dentro de las órbitas regulares de nuestro sistema solar. En este aspecto, son iguales, o parecidas, a las experiencias primarias de todas las culturas históricas conocidas. Y uno de los primeros logros de éstas, en todo el globo terrestre, consistió en calcular las órbitas planetarias para elaborar calendarios —los cuales son el presupuesto de esas reglas de repetición que, ritualizadas o racionalizadas, ayudan a ordenar nuestra vida cotidiana.

Hasta bien entrado el siglo XVIII, este cosmos —da igual que se lo creyera creado o eterno— pasaba por ser estable, de tal manera que las leyes neutrales respecto al tiempo podían derivarse de él, o leerse en él. Por supuesto, al historizarse la antigua ciencia natural —lo que se llamaba *historia naturalis*— para, a partir de Buffon y Kant, convertirse en historia natural (*Naturgeschichte*), se alteró el estatuto temporal de todas las ciencias naturales. A la altura de hoy, incluso las leyes de la naturaleza se ajustan entre su comienzo y su posible final. La cosmología, la física, la química, la biología y, desde luego, también la antropología necesitan cada una su propia teoría del tiempo, a fin de clasificar, de diferentes maneras, las hipótesis sobre cada curso singular de las cosas dentro de las respectivas estructuras de repetición. La metacrítica de Herder a Kant y a su representación formal del tiempo como presupuesto empírico de toda experiencia ha acabado por hacer presa en todas las ciencias: «Propiamente, toda cosa susceptible de cambiar

lleva en sí la medida *de su* tiempo, y esta medida sigue existiendo aunque no hubiera ninguna otra; no hay dos cosas en el mundo que tengan la misma medida del tiempo. Mi pulso, el paso o el vuelo de mis pensamientos no constituyen ninguna medida temporal para otros; el curso *de una* corriente, el crecimiento *de un* árbol no es *medidor de tiempo* para todas las corrientes, árboles, plantas... Hay, pues (puede decirse propia y audazmente) en el universo, para *un* tiempo innumerables otros tiempos...» (4). La relatividad del tiempo en el espectro de múltiples tiempos, tal como la pensó Herder después de Leibniz y antes de Einstein, y tal como la ha ilustrado Friedrich Cramer en la teoría de la ciencia (5). requiere para cada ámbito del saber y de la experiencia sus propias y nuevas determinaciones de la relación entre repetibilidad y singularidad, a fin de poder analizar los diferentes procesos, aunque sean mutuamente dependientes.

b) Cuanto más se interna la paleontología en las profundidades de millones de años y más se acerca a la cosmogénesis, y cuanto más mutuamente intrincados resultan estar los microprocesos de la química física y biológica, hasta llegar a la ingeniería genética, tanto más se intrincan también las historias naturales biológica, animal y humana, por diferentes que sigan siendo entre ellas.

Hay numerosas repeticiones que están previamente dadas en la biología de la naturaleza humana y que, en diferentes dosis, compartimos con muchos animales. Las diferencias sexuales, la reproducción, el nacimiento y la muerte, también el dar muerte, no sólo a la presa, sino también a los semejantes, todo tipo de satisfacción de las necesidades, sobre todo para prevenir el hambre, lo que impulsa a una planificación a largo plazo —todo esto lo compartimos con algunos animales, aunque estos procesos fundamentales están culturalmente modulados y configurados por el hombre.

A esto se añaden tres determinaciones formales de fondo: arriba-abajo, dentro-fuera y antes-después, las cuales ponen en movimiento todas las historias humanas, impulsando así la maduración de los acontecimientos. También ellas están, por así decirlo, programadas de modo natural.

Las delimitaciones de dentro-fuera constituyen todos los territorios animales, pero suponen también la forma mínima de las necesidades humanas de demarcación que se requiere para poder ser —y permanecer— capaz de

(4) JOHANN GOTTLIEB HERDER: «Eine Metakritik zur Kritik der reinen Vernunft», 1799, en *Werke in zehn Bänden*, vol. 8, ed. por HANS DIETRICH IRMSCHER, Deutscher Klassiker Verlag, Fráncfort del Meno, 1998, pág. 360.

(5) *Der Zeitbaum. Grundlegung einer allgemeinen Zeittheorie*, Fráncfort del Meno, 1993.

acción. En el curso de la historia, las determinaciones de fronteras se multiplican, solapándose mutuamente hasta llegar a la llamada globalización, la cual, por su parte, impulsa nuevas diferenciaciones internas en nuestra tierra común.

La determinación jerarquizante de arriba-abajo —la ley del más fuerte del grupo, entre los animales— se encuentra, transformada, en todas las constituciones y organizaciones humanas, también allí donde éstas tienen el objetivo de asegurar la igualdad y la libertad de todos sus miembros. La democracia directa, como dominio de todos sobre todos, todavía no se ha realizado nunca de modo efectivo.

La tensión entre el antes y el después se halla instalada ya de modo natural en la sexualidad y en el éxito sexual que de ella resulta. Por mucho que se diferencien las generaciones naturales, sociales o políticas, siguen encajadas en la diferencia que viene dada por la naturaleza, y que les hace entrar antes o después en las respectivas unidades de experiencia y acción que desatan la secuencia de acontecimientos. Ciertamente, el arco que va de la infancia y la juventud hasta la vejez lo rellenan de modo muy distinto los hombres y los animales; contiene, sin embargo, ese rasgo común natural mínimo que, para la historia humana, alberga en sí todos los conflictos y sus posibilidades de solución.

Dentro-fuera, arriba-abajo y antes-después son, entonces, determinaciones diferenciales que, en los hombres y en los animales, pueden crecer hasta convertirse en oposiciones radicales; con su carácter formal, designan estructuras de autoorganización y de capacidad de acción que se repiten permanentemente, mientras ayudan a impulsar secuencias singulares de acontecimientos. Remiten, en esta medida, al condicionamiento biológico que es la base de toda antropología histórica.

Entretanto, gracias a la ciencia, la técnica y la industria, se implantan cada vez más novedades con las que antes no se podía ni soñar; a consecuencia de esto, la relación de innovación se desplaza de hecho; y lo hace, por así decirlo, a la manera moderna. Parecería, entonces, que se relativiza la idea de Rahel Vernhagen, anteriormente válida: «No es que tengamos experiencias nuevas, sino que siempre hay hombres nuevos que tienen las experiencias antiguas» (6).

Pero, incluso si en virtud de los modernos inventos nos vemos realmente obligados a tener experiencias completamente nuevas, la tensión entre innovación y repetibilidad no queda nunca eliminada. Lo único que pasa es que

(6) *Tagebuch*, 15 de julio de 1821, citado por *Die Weisheit des Judentums*, ed. por WALTER HOMOLKA y ANNETTE BÖCKLER, Güttersloh 1999.

la determinación de las proporciones entre ellos cambia con el curso de la historia. Así lo muestran, (c), las instituciones. Éstas se basan en estructuras de repetición generadas exclusivamente por los humanos. Sean mencionadas aquí algunas de ellas, a modo de indicación.

— Todo *trabajo* —al cual reducía el joven Marx la historia humana en su conjunto— se basa en repetibilidades aprendibles, y que deben ser enseñadas. El aprendizaje de la prensión se alimenta de un modelo que debe imitarse, esto es, repetirse y practicarse. Durante milenios, el trabajo en el campo ha permanecido dentro de condiciones climáticas y geográficas permanentes, previamente dadas, a las que los cazadores y los campesinos tenían que adaptarse, de modos diferentes, para poder sobrevivir. El cambio de la agricultura y la artesanía a la producción maquinal, industrializada y capitalista genera —de manera, por así decirlo, artificial— unas estructuras de repetición renovadas que preexisten al producto individual. Desde entonces, la productividad, que planificadamente se debe aumentar, precede a la producción en cada caso empírico particular. El trabajo en cadena, la producción automatizada y electrónica de los productos individuales se nutren de la aplicación de ciertas repetibilidades en las respectivas instalaciones de producción —así como de las futuras oportunidades de venta en el mercado, las cuales se calculan aproximativamente a partir del pasado y se basan, por ello, en un mínimo de repetibilidad. La extensión del *oikos* a la *oikonomia* en el marco territorial, nacional o global reproduce siempre, pues, unas condiciones renovadas de permanencias repetibles, sin las cuales se vendría abajo cualquier economía.

— Como todas las instituciones, el *Derecho* se nutre, sobre todo, de la repetibilidad de su aplicación. Sólo pueden realizarse efectivamente la justicia y la seguridad jurídica si el derecho vigente vuelve a aplicarse. Si no, reinaría el más puro arbitrio, quienquiera que fuese el que lo ejerciera. La mínima confianza necesaria en el derecho vive de esta reaplicación repetida y, por ello, esperable. Desde luego, toda la historia pasada nos enseña que una y otra vez, de caso en caso, se da el desafío de una nueva invención jurídica y de una nueva institución del derecho. Y en este tiempo nuevo nuestro que ahora despega, se señala un nuevo desplazamiento por el que unas disposiciones promulgadas *ad hoc* con fuerza legal, y unas leyes que se declaran soberanas, adquieren cada vez más peso propio frente a las tradicionales o ya fijadas reglas jurídicas y costumbres que han estado en vigor durante decenios o incluso siglos. Nuestras aceleradas condiciones de vida provocan prontas, pero efímeras, disposiciones legales, cuyo aumento asegura cada vez menos justicia. Sin embargo, también para el ámbito jurídico vale que sólo está asegurado y sólo garantiza la justicia cuando permite vincular una

medida firme de reaplicación de las leyes con todos los nuevos casos particulares que vayan surgiendo.

— Algo análogo vale para todas las demás *instituciones sociales* que regulan y troquelan nuestra vida cotidiana. Los dogmas religiosos tienen que ser (relativamente) estables, si quieren seguir siendo creíbles. Si no se los manifiesta repetidamente, se descompone la comunidad o la iglesia, en la medida en que su fe esté fijada de modo dogmático. Lo mismo vale para los ritos y todas las prácticas culturales, los cuales, para seguir siendo efectivos, tienen que ser repetidos de modo regular.

— *Mutatis mutandis*, puede mostrarse una interrelación semejante entre los programas duraderos con los que se comprometan un partido o una organización ligada a una ideología, y sus acciones concretas singulares, las cuales, si no determinaran sus fines de modo repetido, perderían eficacia, credibilidad y, con ello, capacidad de ser elegidos.

— Incluso están establecidos jurídicamente de modo firme aquellos mandatos duraderos de repetición que protegen de modificaciones a algunas leyes particulares del derecho constitucional; mandatos que obligan, pues, a una aplicación repetida. Ejemplos de esto son, en nuestra ley fundamental, el respeto de la dignidad humana y las garantías de integridad de la división federal de poderes.

— Pero también la estipulación de reglas de procedimiento forma parte en parlamentos, partidos, empresas y compañías, de las estructuras previas permanentes en el tiempo, con el fin de facilitar, cuando no ya de poner en marcha, los procesos de decisión.

En el conjunto de la organización del tráfico y de los medios de comunicación se ha ido naturalizando —con creciente precisión desde hace siglos— un intercambio parecido. La fijación del presupuesto, y los horarios de circulación dependientes de él procuran un retorno regular de los servicios a lo largo del año. Todas las vías de tráfico por tierra, mar y aire se utilizan y, en la medida de lo posible, se armonizan de tal manera que puedan ser usadas continuamente. La noticia de un fallecimiento que nos pueda traer el cartero una mañana es algo único y singular, pero el que pueda traerla a una hora fija depende de que el reparto y la distribución retornen de modo regular.

Es cierto que, gracias a la telegrafía, la telefonía y el ordenador, la capacidad para dirigir se pone cada vez más a disposición de los individuos, pero es el conjunto de la red electrónica lo que sigue asegurando el retorno permanente de las conexiones y desconexiones. La repetibilidad comunicativa se funde con la suma de lo que hacen todos los individuos. No es el caso del tráfico, pero en la comunicación interpersonal convergen cada vez más presupuestos sincrónicos y las transmisiones que tienen lugar sólo una vez. La

imagen que se transmite por el móvil junto con un mensaje son para el receptor y para el emisor, para ambos, idénticos al acontecimiento simultáneo que sólo así llega a tener lugar.

c) Los presupuestos diacrónicos de las secuencias de acontecimientos. Hasta ahora hemos tratado las condiciones sincrónicas de los acontecimientos posibles, ya vinieran dadas de modo extrahumano, ya afectaran biológicamente, por igual, al animal y a los hombres, ya fueran generadas institucionalmente de modo exclusivamente humano. Añadiremos ahora algunos presupuestos diacrónicos de los cursos de acontecimientos. Lo que puede sorprender es que también los acontecimientos, que ya, por definición, presuponen o ejecutan su propia singularidad, son únicos en su género, también conocen regularidades repetibles. Al trazar una anatomía comparada de las revoluciones francesa, inglesa y rusa, Crane Britton proporcionó unos modelos muy gráficos de su curso, que muestran la repetibilidad diacrónica de sucesos semejantes.

Vamos a añadir tres ejemplos. Se refieren a la profecía, al pronóstico y a la planificación. Se trata siempre de estimaciones de cálculo para el futuro, cuya fuerza probatoria se basa en la repetibilidad de unas secuencias anteriores de cursos de acción.

— Las *profecías* pueden estar basadas en cálculos astrológicos de las constelaciones recurrentes de las órbitas de los planetas que retornan, y cuyos efectos astrales se incluyen luego en los diagnósticos personales o políticos. O bien, las profecías se basan en el texto bíblico, revelado de una vez para siempre, a partir del cual —enlazando el Antiguo y el Nuevo Testamento— se derivó durante siglos un sofisticado sistema de expectativas apocalípticas o inmediatas y al que se podía invocar continuamente; esto es, que era repetible. La ley de la repetibilidad de las expectativas bíblicas se basaba en la creencia de que, cada vez que no se cumplía una profecía, su probabilidad de que acertara en el futuro se hacía aún más mayor. Un no-cumplimiento en el pasado aseguraba que se cumpliría con mayor razón en el futuro. De esta manera, también las profecías fracasadas mantenían un derecho creciente de un cumplimiento futuro. Esta *manifestatio Dei* teológica condujo, a través de Bengel y Öttinger, hasta la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, para, finalmente, en el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, amarrar de modo firme la certeza permanente, a prueba de errores, de la victoria final en la lucha de clases. Ciertamente es que esta certeza se ha disipado después de que siglo y medio hayan ido posponiendo estas profecías.

— Los *pronósticos*, aunque surgieran históricamente de las profecías y no dejaran de estar entrelazados con éstas, se diferencian fundamentalmente, desde un punto de vista analítico, de los anuncios proféticos permanentes.

Pues un pronóstico apunta a acontecimientos políticos, sociales o económicos del futuro que tendrán lugar sólo una vez. Pueden acertar o no. Apuntan a acontecimientos futuros dependientes de las acciones que sólo podrán acreditarse una vez, si de hecho se realizan. Todas las demás variantes caducan al tener lugar los acontecimientos. Usando el lenguaje de Leibniz, se trata de una verdad de hecho singular, una *verité de fait* —en contraposición a las *verités de raison*, que permanecen verdaderas de modo repetible y, por tanto, duradero.

Ahora bien, lo asombroso es que tales pronósticos, que se hacen con vistas hacia algo único, también tienen que tematizar presupuestos repetibles que apuntan a un futuro posible, y que no se agotan definitivamente porque tengan lugar los acontecimientos singulares provocados por personas singulares. Se trata, entonces, junto a muchos otros tipos, de un pronóstico condicional repetible. Un ejemplo.

Después de su sangrienta derrota en Kunersdorf, en 1759, Federico el Grande escribió un conciso ensayo sobre Carlos XII de Suecia, quien, justamente medio siglo antes, había sufrido en Poltava una aplastante derrota a manos del ruso Pedro el Grande. Federico dedujo de ello una predicción con carácter permanente: todo el que se atreva a avanzar desde el Oeste de Europa hacia el Este sin considerar las condiciones geográficas y climáticas, quedará desconectado de su retaguardia y perderá toda posibilidad de victoria. Si Napoleón o Hitler hubieran leído y comprendido este texto, las amenazadoras secuencias de acontecimientos que en él se predecían, nunca hubieran iniciado sus campañas de Rusia —dadas unas premisas logísticas comparables. Tuvieron su Poltava, respectivamente, en Moscú y en Stalingrado.

Sólo la posibilidad de aniquilar Rusia con bombas atómicas en el plazo de 30 minutos, desde Leningrado hasta Vladivostok, ha superado el pronóstico estructural de repetición que había hecho Federico, aunque no del todo. La advertencia de Federico frente a una extensión excesiva del ámbito de poder de una unidad europea de acción sigue teniendo vigor.

— Nuestro tercer ejemplo se refiere a la *planificabilidad* de los acontecimientos futuros que hayan de ser llevados a cabo por las propias acciones. Éstas recurren necesariamente a cursos de acción precedentes en los que deben estar contenidos presupuestos repetibles de un futuro posible. En septiembre de 1939, Hitler no tenía intención de provocar una Segunda Guerra Mundial, sino de evitarla. Quería una guerra, pero no la que tuvo. Firmó el pacto con Stalin para evitar la guerra en dos frentes de 1914. Y en esto tuvo éxito, tanto más cuanto que, en el frente occidental, enseguida le salió bien la enmienda al fracaso de la Primera Guerra Mundial que había planificado. Y cuando, no obstante, emprendió la guerra contra Rusia, desdeñó las ense-

ñanzas de 1709 y 1812 para, en lugar de ello, sacarle relevancia planificadora a tres acontecimientos cercanos —y es que la historia lo enseña todo, una cosa y la contraria—. Hitler pudo, en primer lugar, invocar los años de 1914 a 1917, en los que, a consecuencia de las dos revoluciones rusas, se había producido una clara derrota del imperio zarista. En segundo lugar, podía remitirse al asesinato, casi al completo, de todo el Politburó y de la cúpula del ejército, con lo que la Unión Soviética se había quedado sin sus élites dirigentes. Y hasta qué punto se había debilitado la potencia militar de Rusia parecía demostrarlo, en tercer lugar, el humillante resultado que Stalin había obtenido en la campaña que había lanzado contra la pequeña Finlandia. Finalmente, los éxitos iniciales de la campaña de Rusia parecían confirmar los tres datos decisivos que Hitler había sacado de la historia más reciente.

Valga nuestro ejemplo para las estructuras de repetición de las planificaciones racionales, aunque la guerra de Hitler contra la Unión Soviética, además de contra Gran Bretaña y los EEUU no puede interpretarse suficientemente de esta manera racional. Una ceguera utópica y un terrorismo fanático —contra los enfermos mentales, contra los judíos, los gitanos, contra aquellos que se definían como infrahumanos por eslavos, o por otras razones eugenésicas y raciales— se sustraen a los criterios racionales que aquí ofrecemos para un modelo de planificación.

Nuestras consideraciones sobre las estructuras de repetición en la historia partían de dos posiciones extremas: que ni la repetición constante ni la innovación permanente son suficientes para explicar el cambio histórico. Ambos principios son precisos para localizar la respectiva proporción en que se mezclan.

De ello pueden extraerse dos consecuencias aparentemente contradictorias. Precisamente cuando una situación debe mantenerse estable, hay que cambiar «tanto como sea posible» las condiciones en las que esa posición llegó antes a producirse. Y, a la inversa, se demuestra que una situación se modifica tanto más pronto, si los presupuestos que la condicionan permanecen iguales entre sí a lo largo de los tiempos.

Por qué esto es así puede deducirse, quizá, de nuestra serie de ejemplos. A causa de las diversas velocidades de cambio de las series de acontecimientos que tienen lugar sincrónicamente en sentido cronológico —en el terreno político, militar, social, mental, religioso o económico— resultan estructuras de repetición diferenciables analíticamente que, por su parte, a su vez, tienen efecto en las series de acontecimientos. Luego, no faltan desplazamientos, rupturas, grietas, erupciones, revoluciones, por seguir con la metáfora geológica, lo cual tampoco deja de tener un segundo sentido, por lo que se refiere a nuestra dependencia de la historia terrestre.

En todo caso, esta metafórica nos conduce a nuestra última cuestión, la de las estructuras de repetición en el lenguaje (e). Ya cada metáfora —en el sentido más amplio— nos enseña que el potencial comparativo de una frase hecha tiene que ser sabido ya de antemano por el oyente y por el hablante para que se la pueda entender y transmitir. La frase «Alejandro es un león», que de primeras resulta absurda, sólo la entiende quien puede reproducir el símil de que Alejandro lucha con valentía e intrepidez, y vence *como* un león. Los orígenes de una metáfora semejante en la psicología del lenguaje o en la etnología dan para interpretaciones muy diversas; pero, independientemente de ello, la metáfora, para ser efectiva, vive de los conocimientos lingüísticos previos y de su aplicación repetida. Y esto vale de modo general. No puede entenderse ninguna frase hablada o escrita que no recurra a lo que se sabía lingüísticamente de antemano, a la «precomprensión» en el sentido de Gadamer. Incluso las novedades, lo recién conocido, lo recién descubierto, lo que antes no se sabía, no puede ser transformado en saber si no lo permite expresamente la lengua heredada.

Desde luego, aquí pueden ser precisas algunas innovaciones lingüísticas para expresar en sus nuevos conceptos fenómenos que sean absolutamente nuevos. El lenguaje formal de la física atómica, de la ingeniería genética o de la electrónica dan prueba de ello cada día. Pero incluso los giros puramente lingüísticos, aquellos que, por así decirlo, se generan inmanentemente al lenguaje, y que luego, a su vez, prescriben los significados de los conceptos vecinos, o que pueden repercutir en la sintaxis o incluso en todo el sistema del lenguaje: también para tales innovaciones inmanentes al lenguaje ocurre que sólo tienen éxito y se hacen comprensibles cuando se acuñan dentro de una economía lingüística heredada y las nuevas palabras se forman de modo análogo a como se ha hecho hasta entonces (7).

La tensión entre repetición e innovación única, que hemos mostrado hasta ahora en la multiplicidad de las historias, deja su cuño también en el lenguaje, en la multiplicidad de sus articulaciones lingüísticas, dialécticas, geográficas, sociales, históricas o de cualquier otro tipo. Hay que señalar aquí, en primer lugar, que los cambios objetivos en las historias y los cambios lingüísticos en los idiomas nunca se reflejan uno en otro según la proporción

(7) FERDINAND DE SAUSSURE: *Lingistik und Semiologie, Notizen aus dem Nachlass, Texte, Briefe und Dokumente*, recopilados y traducidos por JOHANNES FEHR, Fráncfort del Meno, 1997, Suhrkamp, 2003. Así como EUGENIO COSERIU: *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid, Gredos, 1978. COSERIU reúne las oposiciones principales de SAUSSURE, la de habla y lengua, la de diacronía y sincronía, la de lenguaje y lenguas, la de movimiento y sistema, para mostrar que todo sistema lingüístico es un sistema en devenir, una «historia estructural».

1:1, por así decirlo. Ya el carácter doble del lenguaje lo prohíbe; pues, por un lado, el lenguaje apunta a contenidos objetivos, a objetos animados o inanimados, o a pensamientos que están fuera del lenguaje mismo; por otro lado, el lenguaje está sometido a sus propias regularidades o innovaciones, precisamente las lingüísticas. Ambos aspectos se remiten uno a otro, se condicionan recíprocamente en algunos tramos, pero nunca convergen del todo. Por un lado, el lenguaje tiene un carácter denotativo que abre el mundo; por otro, tiene su propia fuerza formadora, que le es inmanente. Ambos pueden estimularse mutuamente: pero en las historias universales extralingüísticas hay siempre algo más o algo menos de lo que se pueda decir lingüísticamente sobre ellas —del mismo modo que, a la inversa, en cada discurso que se haga antes, durante o después de una historia se dice, o bien algo más o bien algo menos de lo que de hecho es o ha sido el caso.

Una vez expresada esta forzosa reserva metodológica, podemos arriesgar algunas afirmaciones que iluminen la relación de repetición y singularidad que hay en este intercambio de dos caras entre lenguaje e historia.

Será útil, sin duda, distinguir entre sintaxis, pragmática (o retórica) y semántica, pues cada uno de estos ámbitos tienen su propia velocidad de transformación, diferente de los otros. La sintaxis, o la gramática, permanecen estables durante largos períodos de tiempo, mientras que, comparativamente, la semántica, ya a causa de los desafíos que le vienen del exterior, se ve con frecuencia obligada a adaptarse rápidamente. Pero un vistazo a la historia política y militar, que con frecuencia se acelera a empujones, nos instruye acerca del hiato que una y otra vez se abre entre la historia objetiva y la historia lingüística. El cambio político, que siempre se induce también lingüísticamente (*ex ante*) y se registra lingüísticamente (*ex post*), tiende a realizarse más rápido que el cambio lingüístico, el cual podrá formar parte de él, pero no puede mantener su ritmo. Sólo la semántica se tiñe políticamente; mientras que la sintaxis y la pragmática, aún cuando deben adaptarse a la propaganda, permanecen, sin embargo, inalteradas por mucho tiempo. Baste recordar la triunfalista semántica del nacionalsocialismo durante la guerra, que también se entonaba en los discursos pacifistas de la reeducación, o la dicción cortante, como de *staccato*, del *Wochenschau* (8) que continuó aún mucho tiempo después de la derrota alemana, hasta que el noticiero encontró su nuevo y suave estilo de persuasión. La dicción y la semántica de la lengua alemana sobrevivieron muchos años al derrumbe militar y social. Ambas se extinguieron lentamente, después de la propaganda nacionalsocialista. Pero,

(8) La *Wochenschau* era el «Noticiero» en Alemania después de la guerra. Primero en el cine y ya más tarde como televisión (N. del t.).

a pesar de los eslóganes de combate que lanzaban los nazis, la lengua alemana en su conjunto apenas cambió estructuralmente en los doce años, de 1933 a 1945 que duró el régimen. Los responsables del uso de las palabras y de los matices de significado no son las palabras, sino, sola y únicamente, los hablantes.

Detrás de estos desfases temporales entre las proposiciones más llamativas sobre las cosas y una historia lingüística que tiende a la permanencia, hay que registrar, en verdad, un problema general de toda retórica; y es que ésta se construye sobre argumentos repetibles para tener efecto en un momento singular. Heinrich Lausberg (9) lo ha señalado: cuando los *topoi* retóricos no se examinan como recurrentes, sino singulares, o como algo que se acaba de malentender, entonces se los sobrevalora; cuando, en cambio, se los concibe como fórmulas vacías y repetibles, entonces se los infravalora, y también se los malentiende. Lo que vale para la retórica, es tanto más cierto para el conjunto de la pragmática: se trata de distinguir entre el contenido de innovación y las estructuras de repetición, de sopesar uno y otras para juzgar de modo adecuado a la cosa. Precisamente, la singularidad de un discurso determinado que haya tenido éxito, o el que una argumentación sea algo único en su género, se basan en el arte de usar y combinar elementos repetibles del lenguaje, ya conocidos, de tal manera que se oiga algo único, o nuevo. Y para conseguir eso, se trata siempre de hacer presente la diferencia entre la configuración lingüística y el estado objetivo de cosas. La orden de matar (o la aprobación del asesinato), o la noticia de la muerte no son idénticas a la muerte misma.

Algo que, antropológicamente, contiene una afirmación permanente que siempre retorna, como que todo el mundo es mortal, puede desplegarse según muchas variedades, tanto lingüísticamente como *realiter* —cómo muere alguien, cuándo o dónde—, sin que el lenguaje como tal pueda alcanzar nunca el caso único de una muerte. Por eso, comparada con la sintaxis, la semántica cae mucho antes, y muy rápido, en argumentos forzados y en crisis de credibilidad. La diferencia entre el lenguaje y la historia objetiva está incardinada en ella de modo insuperable. Valga —para acabar, un sugerente ejemplo de la historia conceptual del alemán.

Al traducir la Biblia, Lutero usó para «berith» —la alianza veterotestamentaria entre Dios y su pueblo— el concepto alemán «Bund» (10). Esta pa-

(9) *Elemente der literarischen Rhetorik*, Múnich, 1963, 1971, pág. 39 (trad. al español, *Elementos de retórica literaria*, Madrid, Gredos).

(10) Por razones que el lector enseguida comprenderá, dejamos la palabra sin traducir. «Bund» significa en alemán liga, alianza, confederación o, más directamente, la unión en un haz de varias cosas. El lector puede reconocerla en el término «Bundesrepublik»: República federal (N. del t.).

labra era un neologismo que había hecho fortuna en la historia constitucional precedente, y designaba, como sustantivo colectivo en singular, la institucionalización de los acuerdos de las alianzas intraestamentales, o bien entre estamentos. El peso de la palabra «Bund» fue creciendo en el lenguaje jurídico de la Baja Edad Media, pero Lutero le dio un unívoco significado teológico. Un «Bund» no podía ser creado por los hombres, sino que sólo Dios podía fundarlo. El nuevo mensaje teológico se comió completamente al significado jurídico. Así, en una lengua alemana, ya impregnada por Lutero, «Bund» perdió su rango político, y lo que en nuestros textos escolares aparece como «Schmalkaldische Bund» (Liga de Esmalcalda) nunca se designó de esa manera. Era una alianza de tipo pragmático y mundano creada para proteger la confesión protestante, pero no un *Bund* creado por Dios. La explosiva y revolucionaria mezcla político-teológica que sí llegó a conceptualizarse en el inglés «covenant» permaneció reprimida en Alemania. Hasta qué punto la semántica del «Bund» permaneció embebida de teología —muy a pesar de las aplicaciones político-constitucionales y sociales de la palabra que se extendieron en la época de la Ilustración—, lo muestra el encargo que Marx y Engels recibieron en 1847: redactar una «profesión de fe de la Liga (Bund) de los Comunistas». Ellos rechazaron este encargo de hacer una repetición teológica. En lugar de ello, formularon un texto nuevo, cargado de futuro, que había de dar energía y extender su sombra sobre los siguientes 150 años: «El manifiesto del Partido Comunista». La profesión de fe fue sustituida por una manifestación histórico-filosófica, y la alianza (*Bund*) divina, por un partido combativo, conscientemente doctrinario, pero que se sabía igualmente en alianza (*im Bunde*) con la historia interpretada desde la Filosofía de la Historia.

Un empuje semántico de origen teológico y con siglos de antigüedad se vio cortado por un orden lingüístico innovador y —al precio de una simple repetición— encarrilado en una nueva vía. Claro que también en el orden lingüístico marxiano se translucía la vieja estofa teológica alemana. La marcha de Dios en la historia, ya de antemano conocida, una «Manifestatio Dei», le otorgó también al nuevo programa de partido su credibilidad, sólo en apariencia sorprendente.

Y así enseña nuestro último ejemplo que ninguna innovación, ya sea del lenguaje o de las cosas, puede ser tan revolucionaria como para no seguir sujeta a unas estructuras de repetición previamente dadas.

(Traducción de Antonio Gómez Ramos) (11).

(11) Agradezco al profesor FAUSTINO ONCINA algunas importantes sugerencias para la traducción del texto, así como su revisión.